

La batería, que si se hubiese terminado hubiera sido un reducto, estaba colocada detrás de las tapias de un jardín muy bajo y revestida con precipitación con una cortina de sacos de arena y con ancho repecho de tierra; no tuvieron tiempo para empalizarla.

Wellington, inquieto, pero impasible, estaba á caballo, y todo el día permaneció en la misma actitud delante del molino viejo de Mont-Saint-Jean, que existe todavía, y bajo un olmo, que un inglés entusiasta, pero vándalo, compró después por doscientos francos, lo hizo serrar y se lo llevó. Wellington se mostró allí irriamente heróico. Llovian las balas á su lado. Su ayudante de campo, Gordon, murió cerca de él. Lord Hill, señalándole un obús que acababa de disparar, le dijo:

—Milord, ¿qué instrucciones y qué órdenes nos dejais si os matan?

—Hacer lo que yo, le respondió Wellington.

A Clinton le dijo lacónicamente:

—Permanecer aquí hasta perder el último hombre.

La batalla tomaba mal aspecto para los ingleses. Wellington gritaba á sus antiguos compañeros de Vitoria, de Talavera y de Salamanca:

—Muchachos, no penseis en cejar!... ¡Acordaos de la vieja Inglaterra!

A las cuatro de la tarde la línea inglesa se movió hácia atrás. De repente solo se vieron ya en la cresta de la meseta la artillería y los tiradores; los demás habían desaparecido; los regimientos, arrojados por los obuses y las balas francesas, se replegaron en el fondo que hoy aun corta el sendero de la granja de Mont-Saint-Jean; hubo un momento de retroceso, desapareció el frente de batalla inglés, y Wellington fué hácia atrás.

—Principio de retirada, exclamó Napoleon.

VII.

Napoleon de buen humor.

El emperador, aunque estaba enfermo y le incomodaba para montar un sufrimiento local, nunca estuvo de tan buen humor como ese día. Desde por la mañana su impenetrabilidad se sonreía. El hombre que estuvo sombrío en Austerlitz, estaba alegre en Waterlío. Todos los predestinados célebres ofrecen estos contrasentidos. Nuestras alegrías

solo son sombras; la sonrisa suprema pertenece á Dios.

Ridet, Cæsar, Pompejus flebit, decían los soldados de la legion fulminadora. Pompeyo no debia llorar esta vez, pero lo cierto es que César reía.

Desde la una de la noche anterior, explorando á caballo con Bertrand, en medio de la lluvia y de la tempestad, las colinas inmediatas á Rossomme; satisfecho al contemplar la larga línea de los fuegos ingleses, que iluminaban el espacio, desde Frischemont hasta Braine-l'Alleud, le pareció que el destino, emplazado por él para un día fijo en el campo de Waterlío, era exacto á la cita: detuvo el caballo y permaneció inmóvil algun tiempo, mirando los relámpagos y oyendo los truenos, murmurando en su fatalismo esta frase misteriosa: "Estamos de acuerdo." Pero Napoleon se equivocaba: no estaban ya de acuerdo el destino y él.

No durmió ni un minuto aquella noche; todos sus instantes se habían señalado para él con una alegría. Recorrió todas las líneas de las avanzadas de caballería, parándose aquí y allá á hablar con los centinelas. A las dos y media de la madrugada, cerca del bosque de Hougomont, oyó el paso de una columna en marcha, y creyó por un momento que Wellington se retiraba. Entonces dijo á Bertrand: *Es la retaguardia inglesa, que se prepara para levantar el campo. Haré prisioneros á los seis mil ingleses que acaban de llegar á Ostende*. Hablaba con expansión, con la elocuencia con que se producía cuando el desembarco de 1.º de Marzo al presentar al gran mariscal el aldeano del golfo Juan, y exclamaba: — *Pues bien, Bertrand, ya tenemos refuerzo!* La noche del 17 al 18 de Junio se movía de Wellington, diciendo: — *Ese inglesillo necesita una lección*. Arreciaba la lluvia y retumbaba el trueno mientras hablaba Napoleon.

A las tres y media de la madrugada había perdido una ilusión: dos oficiales que envió de exploradores le anunciaron que el enemigo no había hecho ningun movimiento. Nada se movía en su campamento, en el que ni una sola hoguera se había apagado. El ejército inglés dormía; había profundo silencio en la tierra; solo se oía el ruido en el cielo.

A las cuatro le presentaron las avanzadas un aldeano que había servido de guía á la caballería inglesa, probablemente á la brigada Vivian, que fué á tomar posición en la aldea de Ohain. A

las cinco dos desertores belgas le refirieron que acababan de dejar su regimiento, y que el ejército inglés esperaba la batalla. *Tanto mejor!* exclamó Napoleon; *prefiero arrollarlos á obligarles á que se retiren*.

Al amanecer echó pié á tierra en el ribazo que forma el ángulo del camino de Plancenoit, en medio del lodo; mandó que le llevaran allí una mesa de cocina y una silla rústica de la granja de Rossomme; se sentó en ella, teniendo por alfombra un haz de paja, y desdobló sobre la mesa el mapa del campo de batalla, diciéndole á Soult: *¡Bonito tablero de ajedrez!*

Por la pertinacia de la lluvia de la noche anterior los convoyes de víveres, atascados en los caminos llenos de baches, no pudieron llegar por la mañana; los soldados no habían dormido, estaban calados de agua hasta los huesos y en ayunas, lo que no impidió que Napoleon dijera alegremente á Ney: — *Tenemos noventa y nueve probabilidades contra una*. A las ocho le presentaron el almuerzo á Napoleon, al que invitó á muchos generales. Mientras almorzaban hubo quien refirió que Wellington estuvo la víspera de la batalla en el baile de la duquesa de Richmond, en Bruselas. Soult, que era rudo guerrero con cara de arzobispo, dijo: — *El baile será hoy*.

Al emperador, que se chanceaba con Ney, éste contestó: — *Wellington no será tan necio que se atreva á esperar á vuestra majestad*. En efecto, á su majestad imperial "le gustaba chancearse", como dice Fleury de Chaboulon. "El humor festivo constituía el fondo de su carácter", afirma también Gourgaud. "Decía con frecuencia chistes más originales que ingeniosos", añade Benjamin Constant. Vale la pena de insistir en estas alegrías del gigante. Llamaba á sus granaderos "los gruñones", les pellizcaba las orejas y les tiraba de los bigotes. *El emperador no cesa de chancearse con nosotros*, decía uno de ellos.

Durante la misteriosa travesía de la isla de Elba á Francia, el 27 de Febrero, en alta mar, el *Zéfiro*, brick de guerra francés, encontró al *Inconstante*, brick, en el que iba escondido Napoleon, y habiéndole pedido noticias del emperador, éste, que aun llevaba la escarapela blanca y de color de amaranto, sembrada de abejas, que había adoptado en la isla de Elba, cogió riendo la bocina y contestó: "El emperador sigue muy bien."

El que de este modo rie se familiariza

con los acontecimientos. Napoleon tuvo muchos accesos de risa durante el almuerzo de Waterlío. Después de almorzar se quedó pensativo un cuarto de hora, y luego hizo escribir á dos generales sobre el haz de paja, con la pluma en la mano, un pliego de papel sobre las rodillas, y les dictó el orden de batalla.

A las nueve, el ejército francés, escalonado y puesto en movimiento en cinco columnas, desplegaba sus divisiones en dos líneas, con la artillería entre las brigadas, con las músicas á la cabeza, batiendo marcha el redoble de los tambores y el sonido de las trompetas, y se destacaba en el horizonte el poderoso é inmenso mar de cascos, de sables y de bayonetas: conmovido el emperador, exclamó dos veces:

— *Magnífico! Magnífico!*

Desde las nueve hasta las diez y media todo el ejército imperial tomó posición, ordenándose en seis líneas, formando, según la misma frase de Napoleon, "una figura de seis VV". Algunos instantes después de formarse el frente de batalla, en medio del profundo silencio del principio de la tormenta que precede á los combates, al ver desfilar las tres baterías de á doce, destacadas de los cuerpos de Erlon, de Reille y de Lobau, destinadas á comenzar la acción atacando á Mont-Saint-Jean, Napoleon tocó á Haxo en el hombro y le dijo: — *Hé ahí veinticuatro jóvenes guapas, general*.

Seguro del éxito alentó con su sonrisa, al pasar por delante de él, á la compañía de zapadores del primer cuerpo, que había designado para fortificarse en Mont-Saint-Jean en cuanto se tomara la aldea; solo turbó su serenidad una palabra de altiva compasión; al ver á su izquierda, en el sitio donde hoy hay una tumba, agruparse en masa con sus soberbios caballos los admirables escoceses grises, exclamó: — *Es lástima!*

Montó después á caballo, dirigióse hácia Rosomme y eligió para observatorio un montecillo que había á la derecha del camino de Genappe á Bruselas, que fué su segunda estación durante la batalla. Su tercera estación, la de las siete de la tarde, entre la Bella-Alianza y la Haie-Sainte, fué terrible; fué en una altura bastante elevada, que existe aun, y tras la cual se agrupó la Guardia en un declive de la llanura. Alrededor de este cerrillo rebotaban las balas sobre el empedrado de la calzada hasta donde estaba Napoleon. Como en Brienne, silbaban sobre su cabeza las balas y la metralla.

Se recogieron, casi en el sitio en que puso los piés su caballo; balas oxidadas, hojas de sable y proyectiles informes tomados de orin. Hace algunos años se desenterró en aquel sitio un obús de sesenta, cargado todavía, cuya boca se había roto al ras de la bomba. En el referido sitio fué donde dijo el emperador á su guía Lacoste, campesino enemigo, que iba atado á la silla de un húsar y temblando, volviendo la cabeza á cada descarga de metralla y procurando esconderse detrás de Napoleón:

—Imbécil! Eso es vergonzoso! ¡Vas á hacerte matar por la espalda!

El que escribe esta obra encontró en la movediza pendiente de ese cerrillo, removiendo la arena, los restos del cuello de una bomba casi deshechos por el óxido de cuarenta y seis años, pedazos de hierro viejo que sus dedos rompían como si fueran ramas de saúco.

Las ondulaciones de la llanura, diversamente inclinadas, en la que se verificó el encuentro de Napoleón y de Wellington, no son ya las que eran el 18 de Junio de 1815. Al tomar de este campo fúnebre materiales para construir en él un monumento, han destruido su antigua forma, y la historia, desconcertada, no lo conoce ya.

Para glorificarle lo han desfigurado. Cuando Wellington volvió á ver, dos años despues, á Waterlóc, dijo:—“Han cambiado mi campo de batalla.” Donde se levanta hoy la gran pirámide de tierra que corona un león, había un cerrillo que declinaba hácia el camino de Nivelles y descendía por medio de pendiente practicable, pero que por el lado de la calzada de Genappe era casi un risco escarpado. Aun puede medirse la elevación de este repecho por la altura de los montecillos de las dos grandes sepulturas que encallejonan el camino de Genappe á Bruselas: una, que es la tumba inglesa, está á la izquierda; y la otra, que es la alemana, á la derecha. No hay tumba francesa. Para Fancia, toda aquella llanura fué un sepulcro. Gracias á las mil y mil carretadas de tierra empleadas para construir el promontorio, de ciento cincuenta piés de altura y de media milla de circuito, es hoy día accesible, por medio de una cuesta suave, la meseta de Mont-Saint-Jean: el de la batalla, sobre todo por el lado de la Haie-Sainte, era de áspero y escabroso acceso. Su vertiente era tan inclinada, que la granja, situada en el fondo del valle, centro del combate, quedaba por debajo del tiro de

los cañones ingleses. El 18 de Junio de 1815 las lluvias habían formado barrancos en aquellas asperezas, el cieno dificultaba la subida, y no solo se trepaba mal, sino que se hundían en el lodo los que se aventuraban á subir. A lo largo de la meseta corría una especie de foso que era imposible conocer desde lejos.

Digamos algo de ese foso. Braine-l'Alleud es una aldea de Bélgica, Ohain es otra. Estas aldeas, escondidas ambas en las sinuosidades del terreno, se unen por un camino de cerca de legua y media, que atraviesa una llanura ondulante, y que muchas veces entra y se hunde como un surco entre colinas, lo cual hace que el camino, en varios puntos, sea materialmente un barranco. En 1815, como hoy, ese camino cortaba la cresta de la meseta de Mont-Saint-Jean, entre las calzadas de Genappe y de Nivelles, pero en la actualidad está al nivel de la llanura, y entonces era una hondonada. Sus dos repechos laterales han servido para formar el promontorio-monumento. Este camino era, y es aun, una zanja en la mayor parte de su trayecto, zanja que tiene algunas veces doce piés de profundidad, y cuyas paredes, demasiado escarpadas, se desmoronaban por varias partes, sobre todo en invierno en tiempo de lluvia; así es que ocasionaron algunos accidentes dolorosos. Era tan estrecho el camino á la entrada de Braine-l'Alleud, que murió allí un viajero aplastado por su carro, como lo prueba una cruz de piedra levantada junto al cementerio, en la que se lee que allí murió el señor Bernardo de Brye, comerciante de Bruselas, y la fecha del accidente, esto es, *Febrero de 1657*. El suelo del camino era tan profundo en la meseta de Mont-Saint-Jean, que un campesino llamado Mateo Nicasio quedó aplastado allí en 1783 por un hundimiento del repecho, lo que atestiguaba tambien otra cruz de piedra, cuyos brazos desaparecieron cuando el desmonte, pero cuyo pedestal derribado se vé aun en la pendiente del césped, á la izquierda de la calzada, entre la Haie-Sainte y la granja de Mont-Saint-Jean.

En un día de batalla era invisible, esto es, formidable, dicho camino hondo y pantanoso, cuya existencia no podía presumirse, y que rodeaba la cresta de Mont-Saint-Jean, formando un foso en la cima de la escarpadura y un barranco oculto entre los cerros.

VIII.

El emperador hace una pregunta al guía Lacoste.

Dijimos que Napoleón estaba contento por la mañana el día de la batalla de Waterlóc; tenía razón: el plan que había concebido era admirable, como hemos tenido ocasión de ver.

Una vez empeñada la batalla, las peripecias muy diversas que se sucedieron, los mil incidentes tempestuosos, pasando como las nubes de la batalla por delante de Napoleón, apenas turbaron su mirada ni anublaron su faz imperial. Se sucedieron las siguientes inquietadoras peripecias: la resistencia que opuso Hougomont, la tenacidad de la Haie-Sainte, morir Bauduin, quedar Foy fuera de combate, la inesperada muralla, contra la que se estrelló la brigada Soye; el fatal aturdimiento de Guillemín, que se quedó sin petardos y sin sacos de pólvora; el atascamiento de las baterías, quince piezas sin escolta, que derrotó Uxbridge en una cañada; el poco efecto que producían las bombas que caían en las líneas inglesas, por hundirse en el suelo empapado de agua; la inutilidad del ataque simulado de Piré contra Braine-l'Alleud con quince escuadrones, que quedaron casi anulados; el ala izquierda del enemigo mal atacada; el extraño error de Ney de formar en masa, en vez de escalar, las cuatro divisiones del primer cuerpo, entregando de ese modo á la metralla masas de veinte filas y frentes de doscientos hombres; los horribles huecos que hacían las balas en esas masas; las columnas de ataque diseminadas; la batería Descarpe bruscamente descubierta por el flanco; Bourgeois, Doucelot y Durutte comprometidos, Quiot rechazado, el teniente Bieux herido, al derribar á hachazos la puerta de la Haie-Sainte, por el fuego del reducto inglés, que cortaba el ángulo del camino de Genappe á Bruselas; la division Marcognet cogida entre la infantería y la caballería, fusilada á quemarropa en los trigos por Bert y Pack, acuchillada por Ponsomby, clavándole su batería de siete piezas; el príncipe de Sajonia Weimar manteniendo y conservando á Frischemont y á Smohain, á pesar del conde de Erlon; la toma de las banderas del 45 y del 105; el húsar prusiano negro, que detuvieron los exploradores de la columna volante de trescientos cazadores que recorrían el camino de

Wavre á Plancenoit; las noticias alarmantes que dió dicho prisionero; la tardanza de Gronchy; los mil quinientos hombres que perecieron en el huerto de Hougomont; los mil ochocientos muertos en menos tiempo alrededor de la Haie-Sainte: ninguna de las referidas peripecias desastrosas turbó el ánimo del emperador, que estaba acostumbra-do á mirar la guerra cara á cara, importándole poco los guarismos aislados, sin hacer caso de ellos, si sumados le daban este total: Victoria. Si al principio la acción tomaba mal rumbo, no se alarmaba por eso, porque se creía dueño y poseedor del fin; sabía esperar, suponiéndose fuera de cuestión, y trataba al destino de igual á igual. Parecía que desafiaba á la suerte diciéndola: “No te atreverás conmigo.”

Napoleón, que era mitad luz y mitad sombra, creía que el bien le protegía y que el mal le toleraba. Creía tener en su favor connivencia ó complicidad con los acontecimientos, equivalente á la invulnerabilidad antigua.

Sin embargo, teniendo tras sí al Beresina, á Leipzig y á Fontainebleau, parece que tenía motivos para desconfiar de Waterlóc.

En el mismo instante en que retrocedió Wellington, se estremeció Napoleón. Vió desalojar la meseta de Mont-Saint-Jean de pronto y desaparecer el frente del ejército inglés; es que se rehacía escondiéndose. El emperador se levantó sobre los estribos. El relámpago de la victoria cruzó por delante de sus ojos. Acorralar y destruir á Wellington en la selva de Soignes significaba que Francia aniquilaba definitivamente á Inglaterra; era tomar la revancha de las derrotas de Crecy, de Poitiers, de Malplaguet y de Ramillies. Era que el hombre de Marengo rehabilitaba á Azincourt.

El emperador, meditando sobre este incidente, paseó por última vez el anteojo por todos los puntos del campo de batalla. Su Guardia, descansando sobre las armas detrás de él, le observaba desde abajo con religioso respeto. Napoleón meditaba, examinando las laderas y las pendientes, escudriñando los grupos de árboles, el cuadrado de centenos y el sendero; parecía que contaba los matorrales. Miró largo rato los reductos ingleses de las dos calzadas, formados de dos talas inmensas de árboles; el de la calzada de Genappe por encima de la Haie-Sainte, armado de dos cañones, únicos

de toda la artillería inglesa que apuntaban al fondo del campo de batalla; y el de la calzada de Nivelles, en el que resplandecían las bayonetas holandesas de la brigada de Chassé. Vió junto á este reducto la antigua capilla de San Nicolás, pintada de blanco, que está en el ángulo de la travesía hácia Braine-l'Alleud. Se inclinó sobre el caballo y habló en voz baja al guía Lacoste. Este hizo con la cabeza un signo negativo, probablemente pérfido.

Enderezóse el emperador sobre la silla y reflexionó.

Wellington habia retrocedido; solo le restaba terminar el retroceso con una derrota completa.

Napoleon, volviéndose bruscamente, envió á Paris un correo á escape que anunciase que habia ganado la batalla.

Napoleon era uno de esos génios que producen el trueno, y acababa de encontrar el modo de lanzar el rayo.

Dió orden á los coraceros de Milhaud de que se apoderasen de la meseta de Mont-Saint-Jean.

IX.

Lo inesperado.

Dichos coraceros eran tres mil quinientos; eran hombres gigantes que montaban caballos colosales y formaban un frente de un cuarto de legua. Constituían veintiseis escuadrones, y para apoyarlos tenían detrás la division de Lefebvre-Desnouettes, ciento seis gendarmes escogidos, mil ciento noventa y siete cazadores de la Guardia y mil ochocientos lanceros de la Guardia tambien. Llevaban casco sin crin, coraza de hierro batido, pistolas en el arzon de la silla y un largo sable-espada.

Todo el ejército los admiró aquella mañana, cuando al tocar los clarines y al entonar todas las bandas de música el himno: *Veamos por la salvacion del imperio*, se desplegaron en columna cerrada en dos filas entre la calzada de Genappe y Frischemont y ocuparon su puesto de batalla en la poderosa segunda línea, sábiamente dispuesta por Napoleon, que tenia en su extremo izquierdo á los coraceros de Kellerman y en su extremo derecho á los coraceros de Milhaud; línea que podia decirse que tenia las dos alas de hierro.

El ayudante de campo del emperador, Bernard, les llevó la orden. Ney desen-

vainó la espada y se puso al frente. Los enormes escuadrones partieron.

Entonces se vió un espectáculo formidable. Toda esta caballería, con los sables desnudos, con sus flotantes banderines, sonando las trompetas, formada en columna por divisiones, bajó con un mismo movimiento y como un solo hombre por la colina de la Bella-Alianza; se internó en el temible fondo donde tantos hombres habian ya perecido; desapareció entre nubes de humo; despues, saliendo de la sombra, volvió á aparecer por el otro lado del valle, siempre compacta y unida, y atravesando una nube de metralla que llovía sobre ella, subió al trote largo la espantosa pendiente, cubierta de fango, de la meseta de Mont-Saint-Jean. Aquellos hombres subian con gravedad imperturbable y amenazadora, y en los intervalos del fuego de la fusilería y de la artillería, oíase el colosal ruido de la marcha de los caballos. Formaban dos divisiones y por lo tanto dos columnas: la division Wathier iba á la derecha y la division Delord á la izquierda. Crefase ver desde lejos alargarse hácia la cresta de la meseta dos inmensas culebras de acero que atravesaron como un prodigio el campo de la batalla.

Desde que tomó la caballería pesada el gran reducto de Moskowa no se habia visto cosa igual; Murat faltaba allí, pero estaba Ney. Parecia que aquella masa de hombres se habia convertido en monstruo y solo tenia un alma. Cada escuadron ondulaba y se dilataba como los anillos de un pólipo. Se les distinguía al través de vasta humareda, rasgada aquí y allá. Formaban revuelta confusion de cascos, de gritos, de sables, de saltos de las grupas de los caballos al oír el estampido del cañon y el sonido de los clarines, de tumulto terrible, pero disciplinado.

Esta narracion parece propia de otra edad. Algo semejante á esta vision aparecia sin duda en las antiguas epopeyas de Orfeo, que se referian á los hombres-caballos, á los antiguos hipántropos, titanes de rostro humano y de pecho ecuestre, mitad dioses y mitad bestias, que escalaron á galope el Olimpo, y que eran horribles, invulnerables y sublimes.

Por caprichosa coincidencia numérica, veintiseis batallones iban á recibir á aquellos veintiseis escuadrones. Detrás de la cresta de la meseta, á la sombra de la batería oculta, estaba la infantería

inglesa formada en trece cuadros, constituyendo cada cuadro dos batallones, y en dos líneas, la primera de siete y la segunda de seis, con la culata del fusil apoyada en el hombro y apuntando á los enemigos que se aproximaban. La infantería inglesa no veía á los coraceros ni éstos á aquella; pero aquella oía subir la marea de los soldados enemigos y engrosar el ruido de los tres mil caballos, las pisadas alternativas y simétricas de los cascos al trote largo, el roce de las corazas, el retintin de los sables y una especie de resoplido inmenso y feroz. Despues reinó un momento de pavoroso silencio, y luego, de repente, apareció encima de la cresta larga fila de brazos levantados blandiendo sables, y cascos y trompetas y banderines, y tres mil cabezas con bigotes grises, de cuyas bocas salía este grito: ¡Viva el emperador! Toda la caballería desembocó en la meseta y produjo como el principio de un temblor de tierra.

Súbitamente, á la izquierda de los ingleses y á la derecha francesa, la cabeza de la columna de coraceros se paró, lanzando clamor horrible. Al llegar al punto culminante de la cresta, desenfrenados los coraceros, con toda la fúria de su carrera de exterminio contra los cuadros enemigos, acababan de ver entre ellos y los ingleses un foso, una terrible zanja. Era la hondonada del camino de Ohain. Aquel instante fué espantoso. Se encontraron con el inesperado barranco, abierto á pico bajo los piés de los caballos, de profundidad de dos toesas entre sus dos declives; la segunda fila de la caballería empujó hácia él á la primera, y la tercera empujó á la segunda; los caballos se encabritaban, se echaban hácia atrás, caían sobre las grupas, alzaban al aire los cuatro piés, amontonando y derribando á los ginetes, sin que éstos pudieran retroceder; toda la columna era un proyectil, y la fuerza adquirida para aplastar á los ingleses aplastó á los franceses: inexorable el barranco, solo podia ser vencido llenándolo; ginetes y caballos cayeron en él confundidos, despedazándose unos á otros, formando carne comun dentro del abismo, hasta que la zanja estuvo llena de hombres y de caballos; entonces empezaron á andar por encima los demás y pasaron. Casi la tercera parte de la brigada de Dubois cayó en el barranco. Este fué el principio de la pérdida de la batalla.

Refiere una tradicion local, quizás exagerada, que quedaron sepultados en

el camino hondo de Ohain dos mil caballos y mil quinientos hombres. En este número deben comprenderse todos los demás cadáveres que se arrojaron allí al día siguiente del combate.

Digamos de paso que la brigada de Dubois, tan funestamente desbaratada, una hora antes habia arrebatado la bandera al batallon de Lunebourg.

Antes de mandar Napoleon que entrasen á la carga los coraceros de Milhaud habia examinado el terreno, pero no pudo ver dicho camino hondo, que ocultaba por completo la superficie de la meseta. Sin embargo, como le llamase la atencion la capillita blanca que marca el ángulo que forma el camino con la calzada de Nivelles, hizo una pregunta al guía Lacoste, como previendo probablemente la eventualidad de un obstáculo; pero el guía le respondió que no lo habia, y del movimiento de cabeza negativo de un campesino dependió la catástrofe de Napoleon. Pero aun debian sobrevenirle otras fatalidades.

¿Era posible que Napoleon ganase esta batalla? Creemos que no era posible. Por qué? por causa de Wellington? por causa de Blücher? No. Por causa de Dios.

No estaba ya en la ley del siglo diez y nueve que Napoleon venciese en Waterloo; se preparaba una série de hechos en los que Napoleon no tenia sitio designado. La contrariedad que le oponian los acontecimientos lo anunciaba ya desde larga fecha. Era hora ya que este hombre gigantesco cayese; su peso excesivo turbaba el equilibrio de los destinos humanos. Este solo individuo pesaba más que el grupo universal. Serian mortales para la civilizacion si durasen mucho las pléoras de la vitalidad humana concentradas en una sola cabeza y el mundo subiéndose al cerebro de un solo hombre. Habia llegado ya el momento de que remediara esto la incorruptible equidad suprema. Probablemente estarían lastimados los principios y los elementos de que depende la gravitacion regular en el orden moral como en el orden material. Son abogados temibles la sangre que humea, los cementerios demasiado llenos y las madres derramando interminables lágrimas. Cuando la tierra sufre sobrecargada, salen de la oscuridad gemidos misteriosos y los oye el abismo.

Napoleon fué denunciado en el infinito y estaba decretada su caída.

Waterl6o no fu6, pues, una batalla; fu6 el cambio de frente del universo.

X.

La meseta de Mont-Saint-Jean.

Al mismo tiempo que el barranco, apareci6 al descubierto la baterí inglesa.

Sesenta cañones y trece cuadros de infantería rompieron el fuego á boca de jarro sobre los coraceros franceses. El intrépido general Delord salud6 militarmente á la baterí.

Toda la artillería volante inglesa habia entrado al galope en los cuadros. A los coraceros no les hicieron esperar ni un momento. El desastre del barranco los habia diezclado, pero no los desanim6. Pertenecian á los bravos que, cuando disminuye su número, aumenta su valor.

El desastre lo sufri6 solo la columna Wathier; la columna Delord, á la que Ney hizo oblicuar hácia la izquierda, como si presintiese la celada, lleg6 entera.

Los coraceros se lanzaron sobre los cuadros ingleses á galope tendido, con las bridas sueltas, con el sable entre los dientes, con las pistolas en la mano; de ese modo fu6 el ataque.

Hay momentos en las batallas en los que se endurece el hombre, hasta el extremo de trocar al soldado en estátua y de convertir la carne en granito. Los batallones ingleses, con tal furia atacados, no se movieron.

Aquellos momentos fueron horrorosos.

Todos los frentes de los cuadros ingleses se vieron atacados á un mismo tiempo y envueltos en frenético torbellino. La infantería inglesa permaneci6 impasible y fría. La primera fila, con un rodilla en tierra, recibia á los coraceros con las bayonetas; la segunda fila los fusilaba; detrás de esta los artilleros cargaban los cañones, abriase el frente del cuadro, dejaba pasar la erupcion de la metralla y se cerraba otra vez. Los coraceros contestaban aplastando á sus enemigos. Sus grandes caballos se encabritaban, pasaban por encima de las filas, saltaban sobre las bayonetas y caian como gigantes en medio de las cuatro murallas vivientes. Las balas abrian claros en la masa de los coraceros, y los coraceros abrian brechas en los muros humanos. Filas de hombres desaparecian destrozadas bajo los piés de los caballos, y las bayonetas

se hundian en los vientres de aquellos centauros, causando heridas deformes. Aunque mermaba los cuadros la caballería, éstos se estrechaban sin retroceder. Sin agotárseles la metralla verificaban explosiones en medio de los acometedores. Era monstruosa la forma de este combate: los cuadros no eran ya batallones, eran cráteres; los coraceros no eran ya soldados, eran una tempestad. Cada cuadro era un volcán atacado por una nube; la lava combatia al rayo.

El cuadro extremo de la derecha, que era el más expuesto de todos por estar al aire libre, qued6 casi aniquilado desde los primeros choques. Le formaba el regimiento núm. 76 de *highlanders* (montañeses de Escocia). El tocador de *cornamusa* en el centro, mientras se exterminaban á sus alrededores, bajaba con profunda inatencion los ojos melancólicos llenos del reflejo de las selvas y de los lagos, sentado sobre un tambor, con el papel de música bajo el brazo y tocaba los aires de sus montañas. Los escoceses que formaban dicho cuadro morian pensando en Ben Lothian, como los griegos acordándose de Argos. El sable de un coracero, derribando la cornamusa y el brazo que la sostenia, hizo cesar la música, matando al músico.

Los coraceros, poco numerosos relativamente y disminuidos por la catástrofe del barranco, tenian contra ellos casi todo el ejército inglés, pero se multiplicaban, y cada uno valia por diez. Algunos batallones hannoverianos tuvieron que replegarse. Wellington lo vi6 y pens6 en valerse de la caballería. Si en aquel momento Napoleon hubiera ganado la batalla. Este olvido fu6 su falta grave.

De pronto, los coraceros agresores se vieron atacados. Tenian á sus espaldas la caballería inglesa, ante ellos los cuadros, detrás á Somerset, y Somerset lo componian mil cuatrocientos guardias dragones. Somerset llevaba á su derecha á Doruberg con la caballería ligera alemana y á Trip con los carabineros belgas. Atacados los coraceros por el flanco y de frente, por delante y por detrás, por la infantería y por la caballería, tuvieron que hacer frente por todas partes. Pero qué les importaba? Eran un torbellino. Su bravura lleg6 á un extremo inexplicable.

Tenian, además, detrás de ellos la baterí, que continuaba vomitando fuego. Todo esto se necesitaba para que aquellos valientes fuesen heridos por la

espalda. Semejantes franceses necesitaban ingleses como los de la batalla de Warterl6o, que entonces ya no fu6 un combate, sino una furia, una ira vertiginosa, un huracán de espadas flameantes. En pocos momentos los mil cuatrocientos guardias dragones quedaron reducidos á ochocientos; su teniente coronel, Fuller, cay6 muerto. Ney acudi6 con los lanceros y los cazadores de Le-fevre-Desnouettes. La meseta de Mont-Saint-Jean fu6 tomada, perdida y vuelta á tomar. Los coraceros dejaban la caballería para volverse contra la infantería, ó por mejor decir, toda aquella formidable confusion de combatientes se trababan unos con otros, sin que ninguno soltase á su contrario, pero los cuadros continuaban firmes. Hubo doce asaltos. A Ney le mataron cuatro caballos. La mitad de los coraceros sucumbi6 en la meseta. La lucha dur6 cerca de dos horas.

El ejército inglés sufri6 grandes pérdidas. No cabe duda que si no hubiese debilitado á los coraceros el desastre del camino hondo, hubieran derrotado al centro y decidido la victoria. Su extraordinaria caballería petrific6 á Clinton, que estuvo en Talavera y en Badajoz. Wellington, casi vencido, les admiraba heroicamente, exclamando en voz baja: Brillantisimo! (*Splendid!* palabra textual.)

Los coraceros deshicieron siete cuadros de los trece del ejército inglés, tomaron ó clavaron sesenta cañones y quitaron seis banderas á seis regimientos, que tres coraceros y tres cazadores de la Guardia fueron á entregar á Napoleon.

La situacion de Wellington habia empeorado. Esta extraña batalla se asemejaba á un duelo entre dos heridos encarnizados que se van desangrando cada uno por su parte, pero que no por eso dejan de combatir y de resistirse recíprocamente. ¿Cuál de los dos caerá primero?

Continuaba la lucha en la meseta.

Nadie puede decir hasta dónde llegaron los coraceros; pero al dia siguiente de la batalla aparecieron muertos un coracero y su caballo entre las vigas de la báscula de pesar carruajes en Mont-Saint-Jean, en el punto donde se dividen y se encuentran los cuatro caminos de Nivelles, de Genappe, de Hulpe y de Bruselas. El ginete muerto habia atravesado todas las líneas inglesas. Uno de los hombres que levantaron su cadáver vive todavía en Mont-Saint-Jean, y se

llama Dehace. Tenia entonces diez y ocho años.

Wellington se creia ya que iba á ser derrotado. La crisis estaba próxima.

Los coraceros no habian conseguido su objeto, porque no pudieron destruir el centro del ejército inglés. Todos poseian la meseta, pero nadie era dueño de ella; en su mayor parte pertenecia á los ingleses. Wellington poseia la aldea y la llanura culminante; Ney solo tenia la cresta y la pendiente, y ambas partes parecia que habian echado raíces en aquel terreno fúnebre.

Pero el decaimiento de los ingleses parecia irremediable. La hemorragia de dicho ejército era horrible. En el ala izquierda Kempt pedia refuerzo.—*No le hay*, le respondia Wellington; *¡que muera en su puesto!* Casi al mismo tiempo, y es una coincidencia singular que denuncia el agotamiento de fuerzas de ambos ejércitos, Ney pedia infantería á Napoleon, y éste exclamaba:—*¿De dónde quiere que saque la infantería? La voy á fabricar?*

Estaba, sin embargo, enfermo de más peligro el ejército inglés. Los embates furiosos de los grandes escuadrones con coraza de hierro y pechos de acero habian triturado la infantería. Unos cuantos hombres alrededor de una bandera marcaban el sitio donde estuvo formado un regimiento: habia batallon que qued6 mandándolo un capitán ó un teniente; la division Alten, tan maltratada en la Haie-Sainte, estaba casi destruida; los intrépidos belgas de la brigada Van Kluze cubrian con sus cadáveres los campos de centeno de la orilla del camino de Nivelles; apenas quedaban restos de los granaderos holandeses, que en 1811, unidos en España á las filas francesas, combatieron á Wellington, y que en 1815 eran aliados de los ingleses y combatian á Napoleon. Era considerable el número de oficiales que perdieron. Lord Uxbridge, que al dia siguiente hizo enterrar su pierna, tenia rota la rodilla. Si entre los franceses, por las cargas que dieron los coraceros, quedaron fuera de combate Delord, Lheritier, Colbert, Dnop, Travers y Blancard, entre los ingleses Alten estaba herido, Barne tambien, y murieron Delancey, Van Meereu y Omp-teda: el Estado Mayor de Wellington fu6 diezclado y sac6 Inglaterra la peor parte del sangriento equilibrio. El segundo regimiento de Guardias de infantería perdi6 cinco tenientes coroneles, cuatro capitanes y tres subtenientes; el primer batallon del 30 de infantería perdi6 veinti-

ticuatro oficiales y ciento doce soldados; el 79 de montañeses tenía veinticuatro oficiales heridos, diez y ocho oficiales muertos y cuatrocientos cincuenta soldados muertos también. Los húsares hannoverianos de Cumberland, el regimiento entero, con su coronel Hacke á la cabeza, el que despues fué juzgado y destituido, volvieron grupas al combate y huyeron por la selva de Soignes, sembrando el desórden hasta Bruselas.

Los carros, los tiros, los bagajes, los furgones llenos de heridos, al ver que los franceses ganaban terreno y se acercaban á la selva, se precipitaban en ella; los holandeses, acuchillados por la caballería francesa, gritaban: ¡A las armas! Desde Vert-Coucon hasta Groenendael, en una longitud de cerca de dos leguas en direccion á Bruselas, habia, segun lo aseguran testigos que viven aun, tal multitud de fugitivos, que no se podia andar por los caminos indicados. El pánico fué tan horroroso que se comunicó hasta al príncipe de Condé, en Malinas, y hasta á Luis XVIII, en Gante. A Wellington no le quedaba más caballería que la débil reserva escalonada en el hospital de sangre, establecido en la granja de Mont-Saint-Jean, y las brigadas Vivian y Vandeleur, que flanqueaban el ala izquierda. Muchas de sus baterías estaban desmontadas. Han confesado estos hechos Siborne y Pringle, exagerando el desastre hasta el punto de decir que el ejército anglo-holandés quedó reducido á treinta y cuatro mil hombres. *El duque de hierro* permanecía sereno, pero sus labios estaban lívidos.

Creian perdido al duque el comisario austriaco Vincent y el comisario español Alava, que presenciaban la batalla en el Estado Mayor inglés. A las cinco sacó Wellington el reloj y se le oyó murmurar esta frase sombría: *¡Que vengan Blücher ó la noche!*

Apenas la pronunció se vió brillar en las alturas, por la parte de Frischemont, una línea lejana de bayonetas.

Traian la peripecia del drama gigantesco.

XI.

Mal guia para Napoleon y bueno para Bulow.

Sabida es de todo el mundo la dolorosa equivocacion de creer que llegaba Gronchy, cuando el que llegó fué Blücher; esto es, la muerte en vez de la vida.

El destino dá estas vueltas, y cuando se espera ver el trono del mundo, hace divisar á Santa Elena.

Si el pastorcillo que servia de guia á Bulow, teniente de Blücher, le hubiese aconsejado desembocar en la selva por encima de Frischemont, en vez de salir por bajo de Plancenoit, la forma del siglo diez y nueve tal vez hubiera sido diferente, porque entonces Napoleon hubiera ganado la batalla de Waterlío. Por cualquier otro camino más arriba de Plancenoit, el ejército prusiano hubiera salido á un barranco intransitable para la artillería y Bulow no hubiera llegado á tiempo.

El general prusiano Muffing declara que si Blücher se hubiera retardado una hora, no hubiera encontrado á Wellington en pié y se hubiera perdido la batalla.

Como se vé, fué oportuna la llegada de Bulow. Habia encontrado muchos obstáculos en su marcha, descansó la noche anterior en Dion-le-Mont y volvió á ponerse en marcha al amanecer. Los caminos estaban impracticables y sus divisiones se habian metido en el fango hasta las rodillas, llegando el barro en los baches hasta los cubos de las ruedas de los cañones. Además fué preciso pasar el Dyle por el estrecho puente de Wavre; los franceses habian incendiado la calle que conduce al puente, y no pudiendo atravesar las arcas y los furgones de la artillería por entre dos hileras de casas que estaban ardiendo, tuvieron que esperar á que el incendio se extinguiese. A las doce la vanguardia de Bulow no habia podido llegar aun á Chapelle-Saint-Lambert.

A haber comenzado la accion dos horas antes, hubiera terminado á las cuatro y Blücher llegaria despues de que Napoleon fuera el vencedor de la batalla. Tales son esos azares inmensos proporcionados á un infinito que no está á nuestros alcances.

A las doce el emperador, con el anteojo de larga vista, divisó en lo más lejos del horizonte algo que le llamó la atencion, y dijo:—En lontananza veo una nube que debe ser tropa.—Volviéndose hácia el duque de Dalmacia, le preguntó:—Soutl, ¿qué veis hácia Chapelle-Saint-Lambert?—El mariscal, dirigiendo el anteojo hácia el indicado punto, respondió:—Cuatro ó cinco mil hombres, señor. Sin duda los trae Gronchy.

Nada, sin embargo, daba á entender que se moviese lo que veian á lo lejos. Todos los anteojos del Estado Mayor

estaban examinando la "nube," que el emperador señalaba. Algunos dijeron: Son columnas que hacen alto. Otros: Son árboles. Lo cierto era que la nube no se movia. El emperador destacó, para que fuese á reconocer aquel punto oscuro, la division de caballería ligera de Dömon.

Bulow, en efecto, no se movia. Su vanguardia era muy débil y tenia que esperar al grueso del cuerpo de ejército, habiendo recibido la órden de concentrarse antes de entrar en línea; pero á las cinco Blücher, viendo el peligro que corria Wellington, ordenó á Bulow que atacase, diciéndole esta frase notable: "Es preciso dar aire al ejército inglés."

Poco despues se desplegaban ante el cuerpo de Loban las divisiones Losthin, Hiller, Hacke y Rossel, y la caballería del príncipe Guillermo de Prusia salia del bosque de Paris; Plancenoit estaba ardiendo y comenzaban á llover balas prusianas hasta en las filas de la Guardia de reserva, que estaba detrás de Napoleon.

XII.

La Guardia.

Sabido es lo demás: la irrupcion del Stercer ejército dislocó la batalla; ochenta y seis bocas de fuego tronaron de repente, Pirch I acudió con Bulow, Blücher en persona dirigió la caballería de Zieten; los franceses fueron rechazados, Marcognet barrido de la meseta de Ohain, Durette desalojado de Papelotte; retrocedieron Doncelot y Quiot; Loban fué cogido entre dos fuegos: se precipitó una nueva batalla á la caida de la noche sobre los regimientos franceses desmantelados, volviendo á tomar la ofensiva toda la línea inglesa, abriendo gigantesca brecha en el ejército francés la metralla inglesa y la metralla prusiana, y sembrando el exterminio, hasta el extremo de tener que entrar en línea la Guardia en aquel espantoso y general derrumbamiento.

La Guardia, conociendo que iba á morir, gritó:

—Viva el emperador!

Nada hay en la historia tan patético como su agonía estallando en aclamaciones.

El cielo, que estuvo cubierto de nubes todo el dia, de pronto, en aquellos momentos, á las ocho de la tarde, apareció claro y sereno, y se vió al través de los

olmos de la carretera de Nivelles pasar el siniestro fulgor del sol poniente, del mismo sol que los franceses vieron salir en Austerlitz.

Para el desenlace de la batalla mandaba un general cada batallon de la Guardia. Allí peleaban Friaut, Michel, Roquet, Harlet, Mallet y Poret de Morvau. Cuando las altas gorras de pelo de los granaderos de la Guardia, con la placa que ostentaba el águila esculpida, aparecieron entre las brumas de aquel revuelto mar, simétricas, tranquilas y alineadas, la Francia impuso respeto al enemigo, que creyó ver entrar veinte victorias en el campo de batalla con las alas desplegadas, y los vencedores retrocedieron creyéndose vencidos, pero Wellington les gritó:—*¡A ellos, guardias, y buena puntería!* El regimiento encarnado de Guardias inglesas, que estaba apostado detrás de los setos, salió: una lluvia de metralla acribilló la bandera tricolor, flotante en medio de las águilas francesas; se precipitaron unos sobre otros y comenzó la carnicería suprema. La Guardia imperial conoció que el ejército francés huía y que general dispersion seguia á la derrota; oyó el ¡sálvese el que pueda! que sustituyó al ¡viva el emperador!, y á pesar de quedarse casi sola, continuó avanzando, cada vez más destrozada y mermando á cada paso que daba. No hubo en la Guardia ni vacilantes ni tímidos; los soldados de este cuerpo eran héroes como su general. Ni uno solo se sustrajo ni tembló ante el suicidio.

Ney, aterrado de estupor, pero grande, con la altivez del que acepta la muerte, era el primero que se ponía en los sitios de mayor peligro. Allí le mataron el quinto caballo. Empapado en sudor, con ojos llameantes, con espuma en los labios, con el uniforme desabrochado, con una charretera cortada por un guardia inglés de caballería, con la placa del águila grande abollada por una bala, lleno de sangre, de fango, magnífico, con la espada rota en la mano, gritaba:

—*¡Venid á ver cómo muere un mariscal de Francia en el campo de batalla!*...

En vano lo deseaba, porque no murió. Estaba furioso é indignado, y dirigió esta pregunta á Drouet de Erlon:

—*No te haces matar?*

En medio de la horrorosa carnicería gritó:

—*No hay nada para mí? Quisiera recibir en el pecho todas las balas inglesas.*